

# Sociología

## ¿CRISTO UN DESCONOCIDO EN LAS NUEVAS CIUDADES OBRERAS?

Respirando fatigosamente voy subiéndolo la trocha inverosímil jalonada de ranchitos del cerro X Bendición de cabecitas rizadas, esos negritos vivarachos que siempre me reciben alborozados, y me dan la bienvenida con su mejor sonrisa repicando en la pedrería blanca de sus dientecitos. Más allá la escena se repite en cobre o en blanco. Es jubilosa la canción en color de nuestros barrios caraqueños. Y las mamás asisten gozosas, y exhiben en sus brazos a sus retoños, que se revuelven inseguros. Hasta los hombres que en la puerta de la bodega cercana matan penas jugando al dominó sobre la mesa rústica toman parte en la escena. Y la palabra evangelizadora penetra sin esfuerzo. Está Cristo tan cerca, que no necesita permiso para entrar. Cristo es como uno de ellos.

Meses más tarde. El cerro X es ya una masa negruzca, vegetal e indiferenciada. Y ellos, el conglomerado humano, negro, cobre, blanco, se ha regado en mil sitios o, en su mayor parte, ha sido ubicado en la nueva ciudad obrera de los superbloques. Y un día más tarde en sábado también, voy a visitarlos aventurándome entre el desfile de los gigantes de concreto. Me siento insignificante, y mi condición humana se encoge ante las masas imponentes de los superbloques. Alguna vocecita infantil, un poco tímida, que pide la bendición. Y rostros suspicaces, y medias sonrisas. ¡Cuánto me

cuesta romper la capa de hielo! Piso a piso me encaramo por uno de los superbloques, y los apartamentos se me cierran herméticos, o se me abren recelosos. Y la canción de color es la misma, y ellos son los mismos. Pero ha cambiado el medio. Los niños tienen las caritas más limpias, pero más hurañas. Y veo que es más difícil llevar el mensaje de Cristo, pues las puertas se cierran a mi paso, y sobre todo, las almas han perdido aquella hospitalaria sencillez. ¿Nace ya aquí la nueva clase obrera? Nuestros cerros, con todas sus plagas, eran una transposición más o menos fiel del campo venezolano en su innumerable variedad. Y muchas veces la mancha verde sembrada de matas de cambur, o de caña, arañando el cerro, eran la copia desvaída, en daguerreotipo, del conuco ancestral.

No es mi propósito estudiar el problema sociológico planteado por el rancho o por su altivo "ersatz" el superbloque, sino despertar la inquietud religiosa, crear una preocupación ante el problema religioso nacido con la creación de los superbloques.

Nuestras viejas ciudades coloniales, hasta nuestros poblados coloniales, regados con admirable profusión en nuestra variada geografía nacional nacieron en torno a la iglesia parroquial. La hermosa plaza mayor, hoy plaza Bolívar, y en ella el mejor lugar para Dios. Venezuela nació en una edad de fe. ¿Dónde está la Iglesia, la casa de Dios y del pueblo, en las nuevas ciudades de superbloques? ¿Es que la Iglesia ha dejado de ser el centro de la vida en nuestro pueblo? Entonces el pueblo cristiano era un puñadito de colonos, y junto a ellos el grupito receloso de neófitos que los curas doctrineros agrupaban en torno. Era una comunidad cristiana incipiente. Hoy nuestro pueblo es todo él cristiano, y la piedad católica está en la médula de nuestra gente. Uno de los arquitectos, europeo, se expresaba así ante un grupito de estudiantes de arquitectura que se extrañaban del puesto secundario que ocupaba la Iglesia en los nuevos planes de construcción obrera. "Hoy la Iglesia ya no es el centro de la vida del pueblo. Ha dejado su puesto al grupo escolar, al supermercado y al cuartel de policía." Esta frase revela un desconocimiento radical de nuestro medio ambiente. Nuestro pueblo no ha apostatado de Dios como vastas regiones de la vieja cristiandad europea, y gracias a la misericordiosa providencia del Señor hay un retorno vigoroso hacia un cristianismo más acendrado.

¡Dolor de la monotonía del paisaje de nuestras unidades obreras sin una cruz que abra sus brazos protectores sobre esas masas sedientas de justicia y pan, o una flecha que les abra un camino a la esperanza! ¿"Dónde está la Iglesia, me decía extrañado un extranjero, después de haber avizorado desde el cerro próximo la policromía tropical de una de las concentraciones de superbloques? No ha habido sitio para la casa de Dios, y si lo hay es el de la cenicienta avergonzada ante el espléndido atuendo de sus colosales hermanos

Recuerdo la dinámica ciudad de Montreal, la metrópoli canadiense. Asistí al nacimiento de algunos de sus barrios populares, y en todos ellos se seguía la misma pauta. El edificio maestro, proporcionado y capaz de cobijar grandes muchedumbres, era la Iglesia, la verdadera casa del pueblo. Y en torno a ella la escuela parroquial, y amplio terreno para que luego pudieran nacer las obras auxiliares de la parroquia, el centro juvenil, la cooperativa. Y el ritmo de progreso del pueblo canadiense es aun más rápido y armónico que el nuestro.

La religión es aún el único, o por lo menos el más poderoso elemento estabilizador de nuestro pueblo y el que le da cohesión.

La migración del cerro, del rancho al superbloque tiene características parecidas a la migración del campo a una ciudad industrial. En el rancho pervive una tradición, se mantiene mejor el calor hogareño, la familia, aun imperfecta, se repliega en sí misma para defenderse del medio ambiente. Se puede dominar el medio. En el superbloque se siente uno desarraigado de la tierra, despojado de esas múltiples vinculaciones de tipo familiar, arrojado entre desconocidos, un número en una masa gruñona. Mil problemas nuevos hacen rebasar la limitada capacidad intelectual y moral del padre de familia. Se va creando esa hostilidad y mutuo recelo inexistente entre nosotros y producto de otros ambientes. Y en esos momentos duros iniciales, Dios queda tan lejos, el templo, o no existe, o carece del recogimiento de la antigua capilla, o del viejo templo, el sacerdote o la hermanita, o la escuela parroquial, o el catecismo, no hacen acto de presencia. Todavía la Iglesia no se ha integrado en la nueva ciudad obrera, y cuando ella aparezca como fuerza cohesiva tal vez sea demasiado tarde. Y va desde casi el principio la penetración religiosa es más difícil que en los cerros. Por eso urge estudiar el

problema y lanzarse decididamente a solucionarlo.

Acabo de llegar de una unidad de bloques. En la planta baja de uno de ellos se ha instalado la nueva parroquia. Cuando llegué, el párroco rezaba el rosario rodeado de un grupito como de 40 personas, en su mayoría mujeres y niños. La voz del sacerdote apenas se oía ahogada por el griterío de los niños y mozalbetes que jugaban junto a la puerta abierta de par en par, y el pasillo interior, único pasaje para los mil habitantes del superbloque, era resonador de la despreocupada conversación de todos los transeuntes. Grupos de mozalbetes acechaban a las muchachas que se dirigían a la iglesia. Se pedía el esfuerzo del sacerdote, cuya voz débil luchaba con el oíaje del múltiple vocerío. Y como cada superbloque es prácticamente una unidad autónoma, como una isla en un archipiélago, el esfuerzo del sacerdote debe multiplicarse por 15 ó 20 para que llegue su radio de acción a todo el archipiélago de bloques. Por eso se impone salir de los viejos moldes parroquiales y multiplicar las comunidades cristianas de tipo evangelizador, más elásticas y menos complejas que la parroquia, pero de dimensiones humanas, que sean como los brazos y los pies de la parroquia. Alrededor de un hogar cristiano se puede congregarse la gran familia de los hijos de Dios que viven cerca. Estas pequeñas comunidades de tipo familiar, aunque no sean sino de 25 ó 30 personas, en contacto con el párroco, son células vivas que ejercen una constante presión religiosa y crean un ambiente caliente y de cercanía espiritual que no se encuentra generalmente en nuestras parroquias. Dos o tres de estas comunidades en cada bloque donde se reze el santo rosario, se haga un ratito de lectura espiritual, se dé catecismo a los niños, se establezca un servicio familiar de ayuda espiritual y aun material serían maravilloso fermento de catolicismo, y anularían el esfuerzo gigantesco de las sectas para abrir brecha en estos sectores. Gracias a Dios en cada bloque hay almas de honda religiosidad, y celo apostólico, familias seriamente cristianas, que están esperando su hora de actuar. No puedo olvidar el enorme influjo que ejercía en aquel barrio de bloques obreros aquella familia cristiana. Ella era como la mamá del barrio, y él como el papá. Y las mismas mujeres comunistas acudían a pedirle consejo a aquella mujer fuerte, a quien el Señor bendijo con tres hijos sacerdotes.

Nuestros bloques, como nuestros ce-

ros están tapizados de escuelitas de primeras letras, que demuestran el afán cultural de nuestro pueblo. Señoritas de buena voluntad, señoras piadosas . . . son muchas veces las maestras en ellas. ¿Por qué no darles un nuevo impulso, visitarlas, preparar a las maestras para que puedan enseñar bien el catecismo, o movilizar a las hijas de María, Legión de María . . . para que lo hagan con mayor competencia? En estas escuelitas, como en algunas otras que he visto en los bloques, escuelas de corte y costura, de hogar, de mecanografía . . . se podían organizar comunidades de tipo más extenso que las familiares. Ellas podían constituir comunidades de barrio. Y qué fácil es hacerlo, ya que existen las obras base.

Los grupos de la Legión de María son activo fermento en nuestros barrios. Su apostolado de tipo personal y familiar, de contacto, su eficacia apostólica, y su método apostólico de ir de casa en casa hacen al legionario o legionaria instrumento irremplazable en la penetración apostólica de los bloques. ¿Cuántos párrocos no han ensayado aún su "presidium" legionario en los barrios, y si lo han hecho lo han abandonado privando a esos grupos magníficos de apóstoles de Cristo y María de su asistencia y su orientación en sus reuniones semanales? Sepan que si la Legión de María no les va a ayudar tal vez en el aspecto material de la parroquia va a ser su prolongación apostólica, desinteresada e incondicional. Muchas veces se me han saltado las lágrimas de emoción en mis correrías por el Interior al oír de propios labios de humildes legionarios obreros y campesinos, pero también de profesionales, sus hazañas de apostolado realizadas con esa humildad y sencillez, características del auténtico apostolado católico. Y los sacerdotes que luchan a veces desesperadamente por reavivar a organizaciones cadáveres y estériles no tienen tiempo para esos grupos valientes de apóstoles marianos!

¿Querrá el Señor suscitar comunidades religiosas como los hermanitos y hermanitas del P. Foucauld, que se incrusten en nuestros superbloques? ¿Que encarnen en ellos, y sean como el alma de esas masas obreras amorfas y desamparadas? ¿Qué labor tan colosal haría la diminuta comunidad de tres o cuatro hermanitas, o señoritas de un Instituto secular que pudieran ser como las madreccitas, las consejeras, las maestras, las enfermeras, la dulce presencia de María en nuestros bloques!

¿Es que acabó ya para la Iglesia la evangelización de los pobres? ¿Muchas de las florecientes comunidades religiosas de la capital, de esas que prosperan en el centro, o en las urbanizaciones, no podrían tener puestos de vanguardia, permanentes, avanzadillas del amor cristiano, en las zonas obreras? No colegitos para las niñas "bien" de las zonas obreras, sino centros de educación obrera, de ayuda, de evangelización para los necesitados. Allí encontrarían más y mejor a Cristo que en las urbanizaciones, pues Cristo está especialmente presente en sus pobres. Y que a esos puestos de vanguardia envíen sus mejores tropas, como se hace en estrategia militar.

Y sobretodo presencia sacerdotal. Gracias a Dios nuestros párrocos de los barrios populares no se han dormido. Y por no herir la modestia de algunos de ellos no quiero cantar la epopeya humilde y gloriosa de su múltiple presencia en los bloques. Pero hay peligro de que se cree el complejo de miedo a los bloques. El trabajo es más difícil que en los cerros, pero es más fácil encontrar colaboradores. Los niños son la mejor arma de conquista de esos gigantes de concreto. La ficha familiar que se está haciendo para preparar la Gran Misión de Caracas nos puede servir de base para un trabajo apostólico ulterior a conciencia, lo mismo que la oficina de sociología religiosa que acaba de organizar el Excmo. Sr. Arzobispo. La Misión de Caracas, que pondrá una insistencia mayor en las zonas obreras puede ser un magnífico punto de partida para una penetración más científica en los bloques. Aún es tiempo. Estamos asistiendo a la gestación de la Caracas obrera, y aún podemos bautizarla a tiempo. Que nos sirva de estímulo la campaña de penetración de las sectas, sobretodo de los testigos de Jehová, que están sembrando de pequeñas células los superbloques, y desde su nacimiento han hecho en ellos acto de presencia. Las células comunistas tampoco se duermen, y explotan el fermento de descontento de los nuevos inquilinos que padecen la aclimatación al nuevo ambiente extraño. Hagamos, pues, como nuestros primeros misioneros la señal de la cruz sobre nuestras frentes pecadoras, y lanzémonos confiados en nombre del Señor a la gran aventura. Dios está con nosotros.

JUAN M. GANUZA, S. J.